

## **De campesinos a ciudadanos: El caso de *Tropa vieja* y Francisco L. Urquizo\***

### **From Peasants to Citizens: The Case of *Tropa vieja* and Francisco L. Urquizo**

 Luis J. Henao Uribe \*\*

\* Procedencia del artículo: Este artículo se desprende de la investigación de mi tesis doctoral, *Las novelas de la Violencia y la Revolución en la formación del Frente Nacional en Colombia y el Estado revolucionario mexicano*, presentada en The Graduate Center, CUNY, en el año 2018.

\*\* Doctor en Cultura Latinoamericana, Ibérica y Latina de la Universidad de la Ciudad de New York (CUNY) The Graduate Center, Universidad de la Ciudad de Nueva York, Nueva York, Estados Unidos [lhenauribe@gc.cuny.edu](mailto:lhenauribe@gc.cuny.edu)

**Recibido:** 14 de abril de 2023

**Aprobado:** 04 de mayo de 2023  
Artículo de reflexión

¿Cómo citar este artículo en  
MLA? - How to quote this article in  
MLA?:

Henao Uribe, Luis. "De campesinos a ciudadanos: El caso de *Tropa vieja* y Francisco L. Urquizo". *Poligramas*, 57 (2023): e.20512916 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).  
<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i57.12916>

### **Resumen**

*Tropa vieja*, la novela de 1940 del general Francisco L. Urquizo (1891 - 1969), narra las aventuras de un joven campesino forzado a convertirse en militar durante los últimos años del Porfiriato, participe de las batallas de la revolución maderista, en el contexto de la Revolución mexicana. Este artículo examina la construcción identitaria del soldado durante principios del siglo XX y la transformación del sujeto cultural campesino en ciudadano mexicano. El ejército fue uno de los protagonistas de la operación de constitución de la nación durante la etapa armada de la Revolución. Sin embargo, a medida que las batallas se vuelven más distantes en el tiempo, se renegocia su lugar dentro del nuevo estado. El desarrollo de la lectura, a través de la alfabetización y expansión de ofertas editoriales, cumple una función similar de construcción de ciudadanía, contribuyendo de nuevas maneras a la integración del campesino al proyecto nacional.

**Palabras clave:** discursos críticos; discusiones teórico-pedagógicas; historización; literatura argentina para niños; tradición.

### **Abstract**

*Tropa vieja*, the 1940 novel by General Francisco L. Urquizo (1891 - 1969) narrates the adventures of a young peasant forced to become a soldier during the last years of the Porfiriato, participating in the battles of the Maderista revolution in the context of the Mexican Revolution. This article examines the identity construction of the soldier during the early 20th century and the transformation of the peasant cultural subject into a Mexican citizen. The army was one of the protagonists of the nation's building process during the armed stage of the Revolution. However, as the battles become more distant in time, their place within the new state is renegotiated. Through literacy and expansion of editorial offers, the development of reading fulfills a similar function of building citizenship, contributing new ways of integrating the peasant into the national project.

**Keywords:** citizenship; nation; peasant; reading; soldier.



*Tropa vieja*, la novela de 1940<sup>1</sup> del general Francisco L. Urquiza (1891 - 1969), narra las aventuras de un joven campesino de Coahuila forzado a convertirse en militar durante los últimos años del Porfiriato, partícipe de las batallas de la revolución maderista y víctima durante la Decena Trágica, en el contexto de la Revolución mexicana. En 1955, una edición de la novela fue publicada en la serie Populibros de La Prensa, lo que constituyó “la primera tentativa mexicana de poner los libros en los kioscos de periódicos y en las farmacias” (Pacheco 50). Con un tiraje insólito de cien mil ejemplares, ésta buscaba llegar “al grueso de la población” (Díaz Arciniega 125). En su portada aparece una ilustración de un soldado del ejército federal y una leyenda: “Un episodio revolucionario narrado vigorosamente por el NOVELISTA DEL SOLDADO” (las mayúsculas enfáticas provienen del original).

En esa misma edición popular, una nota “Sobre el autor” precede la novela y ubica su lectura en relación de la experiencia profesional de Urquiza: después de su infancia en Coahuila, y sus estudios en Torreón, Urquiza se incorporó al movimiento maderista desde 1910, logrando pronto el grado de capitán primero y sirviendo directamente a Francisco I. Madero en la Guardia Presidencial hasta la Decena Trágica. Se sumó luego a las fuerzas de Venustiano Carranza (1859 - 1920) alcanzando el grado de General de Brigada y ocupó distintos cargos de alto prestigio: Comandante militar en la Plaza de México, Jefe de las Armas en Veracruz, Jefe del Departamento del Estado Mayor bajo la Secretaría de Guerra, secretario de la Defensa Nacional, entre otros. Esta nota introductoria le da méritos a Urquiza por “el hábil manejo de la pluma” (8) y por su experiencia en “los episodios y sucesos revolucionarios en los cuales participó tan activamente” (8). La obra de Urquiza es caracterizada por su “sabor de anécdota [...] impregnada del amor a la patria, a la Revolución y a los humildes que militaron en ella en un gesto de suprema rebeldía” (8). Urquiza como escritor es inconcebible sin su experiencia como militar, ni sin el manto, ya místico en ese momento, de la Revolución<sup>2</sup>. La frase que se acuña para presentar a Urquiza —novelista *del* soldado— es curiosamente ambigua: ¿acaso el escritor surge del soldado? ¿surge como consecuencia de la experiencia de la vida militar y la

<sup>1</sup> Si bien se ha identificado una versión de 1940 publicada en la Editorial Juventud, ésta sólo se encuentra en el archivo personal del autor (Marín Lucas). La edición que se dió a conocer fue la de 1943 publicada por los Talleres Gráficos del Departamento de Publicidad y Propaganda de la Secretaría de Educación Pública. Las citas de este artículo provienen de una edición del 2016 publicada por la editorial Fontamara.

<sup>2</sup> Una operación similar ocurre con *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela. Francisco Monterde, quien se estableció como el gran defensor de Azuela y facilitador de su obra, elogió la novela como texto pionero y por ser “creación vigorosa de sociólogo y artista” (ctd en Dessau 263), pero no se comprometió a dar un juicio sobre su valor literario, lo que en últimas transfiere algo del mérito de la obra en sí a la persona de Azuela y a su participación en el evento histórico. Según esta lógica, el valor literario de *Los de abajo* reposa en que su autor estuvo presente y fue testigo de la Revolución. Berta Gamboa de Camino, quien en 1935 acuñó el término de ‘novela de la Revolución’, diría que “The novel of the Mexican Revolution has undeniable value as history, almost nothing being fiction” (264).

guerra? ¿emerge como vocero de una clase o de un sujeto cultural? ¿o es alguien que escribe *para* el soldado? ¿Hablamos de un soldado que escribe o de un soldado que lee? Urquiza entra a formar parte de las letras nacionales mexicanas como un escritor con esa condición, como novelista *del soldado*, y, a la vez que su obra es ofrecida de manera masiva a los lectores y es reconocido institucionalmente por su servicio al estado, es apiñado por la crítica junto a otros como “narradores menores de la guerra civil” (Domínguez Michael 451).

Este artículo examina inicialmente la construcción identitaria del soldado durante principios del siglo XX y cómo ésta actúa en la transformación del sujeto cultural campesino en ciudadano mexicano. El ejército fue uno de los protagonistas de la operación de constitución de la nación durante la etapa armada de la Revolución. Sin embargo, a medida que las batallas se vuelven más distantes en el tiempo, se renegocia el lugar del ejército dentro del nuevo estado. El desarrollo de la lectura durante el periodo revolucionario institucional, a través de la alfabetización y expansión de ofertas editoriales, cumple una función similar de construcción de ciudadanías, contribuyendo de nuevas maneras a la integración del campesino al proyecto nacional. *Tropa vieja*, en tanto es una novela que relata la experiencia del soldado y se convierte eventualmente en un texto de lectura masiva, es un punto de convergencia de ambos procesos.

## **Disciplina y estética: La cooptación del cuerpo**

Al ser *Tropa vieja* la narración de la formación de un soldado, la novela hace referencia manifiesta a las estructuras de control y de disciplina que operan sobre los personajes. El proceso de construcción de la nación moderna en México se encontraba en plena marcha durante el gobierno de Porfirio Díaz (1830 - 1915); tras hacerse del monopolio de la violencia legítima, aplastar las voces de disenso y fortalecer un sistema de gobierno central, Díaz logró un periodo de estabilidad económica y social. Junto al grupo de tecnócratas conocidos como “Los científicos”, Díaz fomentó la inversión extranjera y se amplió la infraestructura existente. El ejército fue parte de esa estrategia agresiva que aspiraba a constituir una cohesión nacional. Es importante dimensionar la solidificación del proyecto político nacional no como resultado de un consenso espontáneo, meramente simbólico, sino como un proceso atravesado por diversas estrategias violentas de control y dominio sobre la población.

Espiridión Sifuentes, el protagonista de *Tropa vieja*, es un joven campesino de Coahuila que, durante una borrachera, agrede a unos hacendados. El origen de la disputa yace en las condiciones injustas de trabajo. La justicia local toma el partido de los hacendados, en este caso españoles conocidos como “gachupines”, aprehende a los infractores y decide aplicarles la ley

de leva, lo que los obliga a prestar servicio militar por cinco años. Alan Knight en el ensayo “De campesinos a patriotas: reflexiones sobre la construcción de la nación mexicana” analiza los procesos mediante los cuales los campesinos se engranaron a una comunidad nacional.

¿Hasta qué punto los campesinos —gente diseminada, a menudo iletrada, rural y pobre— pueden ser apartados de sus así llamadas lealtades primordiales y ser convertidos a la ideología supralocal del nacionalismo?... ¿Es el nacionalismo esencialmente el vehículo de las elites, los intelectuales y la población urbana, cuya adopción del nacionalismo responde, conscientemente o no, a motivos ulteriores que pueden estar reñidos con las lealtades primordiales y los intereses del campesino —motivos que podrían incluir la creación de un Estado centralizado, integrado, la formación de un mercado capitalista integrado y el desarrollo de una sociedad moderna, ilustrada e industrial? (Knight 14)

En tanto sus lealtades continúen siendo locales, el campesino es un antagonista de la ambición de unificación simbólica de la nación. El campesino como sujeto cultural debe ser cooptado por el proceso de modernización y consolidación del proyecto estatal. Si por un lado este proceso de transformación de campesino a patriota se da en términos de una adhesión simbólica al proyecto de nación, se produce también por medio de una educación forzada. La ley de leva funciona aquí como mecanismo de captura de ciudadanos independientes que los reinscribe en un orden estatal nacional: “The leva took the least powerful citizens and folded them into its vision of ideal Mexicans” (Neufeld 28). El mencionado derecho de leva y la ley de fugas, que autorizaba la ejecución de un detenido que intentaba escapar, hacían del ejército una autoridad ininterpelable por el campesinado criminal o criminalizado. Esta cooptación de estos sujetos no era solamente una medida punitiva, sino que era parte integral del proyecto de creación de la nueva visión de la nación de finales del siglo XIX que, a su vez, facilitaba “the foundations of capitalist structures” (Neufeld 3).

El ejército es el objeto explícito de una ingeniería social; está diseñado y estructurado en detalle para producir unos efectos determinados en los sujetos bajo su control (Levy, Jr. 44). Se regulan los espacios que estos cuerpos ocupan (tanto en el cuartel como en la geografía nacional), así como se definen los parámetros del uso del tiempo, con rutinas bien establecidas. Estas prácticas disciplinarias tienen el potencial de decidir la vida misma del individuo; mientras los campesinos de *Tropa vieja* son llevados al cuartel, son amenazados con las consecuencias de su desobediencia: “Pues ya oíste lo que dijo el comandante; si se porta bien, llega; si no, se queda columpiando en el camino” (29). Una vez reclamados por el ejército, el riguroso entrenamiento militar transformaba estos cuerpos indómitos en cuerpos obedientes y

productivos: “officers noted that teaching these men discipline filled the prescription for eventually providing new industries with ideal workers. After five years of drill in arms, the former soldier could become the ordered factory worker without sympathies for anarchist unions and replace the disruptive elements” (Neufeld 37). El objetivo del soldado es convertirse en un cuerpo dócil, que sirva a los fines estatales de la guerra, y que luego pueda ser un cuerpo útil, al servicio de la industria.

Tras su educación, el individuo devenido en soldado supera, sin olvidar, esas *lealtades primordiales* del campesino a su territorio y comunidad local y está listo para servir el mandato de la patria. En el camino al cuartel, Espiridión observa a los soldados que lo vigilan y reconoce en ellos la ausencia de cualquier individualidad: “...todos ellos parecían enteramente iguales; las mismas caras de indios quemados; todos enjutos, pelados al rape; uniformados hasta con el mismo gesto de resignación” (36). Ese colectivo se define a sí mismo en términos de lo patrio; al llegar al cuartel, el vigía pregunta quién vive y ellos responden “¡México!” (40). Los nuevos reclutas son rapados y uniformados; son despojados de sus pertenencias y particularidades y pasan a ser parte de esa misma totalidad: “Nada me quedaba de lo que tenía: el pelo, el ánimo, la esperanza; todo perdido para siempre” (48).

Paralelo al aprendizaje de las formas y los códigos castrenses, basado en los golpes y los castigos, la pertenencia a la nación se empieza a manifestar por medio de una fascinación por los símbolos patrios. “Nunca había yo oído la diana tan de cerca; ¡qué cosa más bonita es ese toque!; es tan alegre como el canto del gallo; son las mañanitas del cuartel. ¡Qué bien redoblan los doce tambores, qué fuerte y alegre suenan las cornetas!” (41). Un mes después de haber sido integrado al ejército, Espiridión presencia su primera revista, el acto por el cual las autoridades militares evalúan el estado de las tropas que también cumple la función de evento público de reafirmación de su capacidad militar y disciplina. Su visión de la tropa ya ha cambiado: “¡Qué bien se veía el Noveno Batallón!, con razón a los muchachos les gustan los soldados: todos iguales, limpios y relucientes.... ¡qué bien luce la tropa en la calle!” (61). Las condiciones de su propia participación en el evento son motivos de orgullo:

Nosotros, los reclutas, estábamos emocionados; un soldado viejo nos había prevenido que en esa primera revista de comisario tendríamos que jurar la bandera los nuevos. ¡La bandera nacional, la que se defiende a tiros en los combates y por la que se mata tanta gente! Sentía curiosidad por ver aquello y el corazón me golpeaba adentro, como si quisiera salirseme. (61)

El narrador ya hace parte de un colectivo —“Nosotros, los reclutas”— en donde las prácticas de la guerra y la simbología patria están sobrelapadas. La narración se concentra en tres líneas del himno mexicano: “*Piensa ¡oh Patria querida! que el cielo / Un soldado en cada hijo te dio, / Un soldado en cada hijo te dio*” (62). La bandera ondeante “era como nuestra madre, como nuestra mujer, como nuestra hija; por ella habíamos de morir uno por uno y habíamos de matar y habíamos de sufrir” (62). En el momento de jurar bandera, se hace evidente ese paso de campesino a patriota: “Se me olvidó mi rancho, mi madre, Marcos Nájera, mi compadre Celedonio y sólo tenía en mi cabeza la bandera tricolor” (63). Este proceso de reafirmación de la identidad nacional se da tanto al interior del ejército —aplicado a los reclutas, soldados y oficiales— como en la población civil; se trata, como lo define Neufeld, de un nacionalismo militarizado tanto para los participantes como para los espectadores (3). El ejército no sólo cumple una función con relación a su capacidad de violencia a nivel exterior (internacional) e interior (de seguridad nacional interna), sino que se concibe como modelo de un ser nacional. La labor ideológica de construcción de un imaginario oficial se refuerza a través de esta simbología patria; la apreciación estética, de la bandera o de los soldados como espectáculo social, contribuye al proceso colectivo de adhesión a la nación.

En la novela aparecen las celebraciones del centenario de la Independencia, una serie de actos públicos revestidos con toda la ceremoniosidad de lo oficial en que el ejército se mostraba ante la ciudadanía con su mejor cara: “Era un gentío de paisanos en toda la calzada Unión admirando a las tropas” (85). Esa exhibición pública de la simbología patria ante la “juanada, contenta, garbosa” (86) toma al ejército, que actúa como brazo disciplinario del estado ante su ciudadanía, y lo recarga de simbología patriótica. Pero es en este momento, en que el narrador y protagonista logra su mayor grado de identificación con el proyecto nacional moderno del Porfiriato, en que irrumpe la noción de Revolución; al terminar las celebraciones, dos oficiales comentan rumores de un cambio político: “Por ahí andan diciendo que ha salido un tal Madero; quiere ser presidente de la República y tumbar a don Porfirio” (88). El hecho de que la Revolución haga su aparición en el Centenario de la nación, en donde se celebra públicamente el proyecto disciplinario y estético del Porfiriato, anuncia la llegada de una nueva etapa en la historia de México.

## **Hacia el territorio: La cooptación del espacio**

Al llegar al poder presidencial, Porfirio Díaz llevó a cabo una reforma que buscaba modernizar el ejército, afianzando y ampliando una estructura burocrática centralizada, e implementando nuevas tecnologías de entrenamiento y de combate (Neufeld 9). Aunque relativamente

pequeño, en gran parte para impedir el empoderamiento de una clase militar que amenazara al Estado vigente, el ejército porfirista contaba con la capacidad de desplazarse rápidamente por el territorio a través de la infraestructura férrea construida en el periodo (Rugeley y Fallaw 6). El ferrocarril es tanto síntoma como motivo de la llegada de la modernidad. Las vías férreas fueron construidas por el sistema estatal, parte de una infraestructura oficial que buscaba someter al paisaje a su lógica como parte fundamental de su estrategia bélica. En *Tropa vieja*, una vez empiezan los combates entre las fuerzas revolucionarias y el ejército federal, los soldados son obligados a desplazarse por la región; ésta movilización aumenta la incertidumbre del Noveno Batallón, al cual pertenece Espiridión. El Séptimo Regimiento de Caballería es desplazado desde Tlalnepantla, cerca de México, hacia Durango. “Otros compañeros también habían salido de partida por diferentes partes de la región. Unos fueron en tren hasta Jimulco y anduvieron allí por los ranchos; otros salieron en el tren rancharo con rumbo a San Pedro de las Colonias y recorrieron, pie a tierra, algunas de las haciendas cercanas a la estación de La Concordia” (Urquiza 116). La naturaleza de estos movimientos se expande a medida que las fuerzas revolucionarias ganan terreno. La nueva pareja de Espiridión, una mujer de cuartel a quien llaman la Prensa, mantiene informados a los soldados de lo que pasa con el levantamiento de Madero:

Parece que donde de veras anda la cosa fea es por Chihuahua; han salido muchos pronunciados y el primer golpe se lo dieron a un destacamento Tercero de Caballería, *en un punto* que se llama Guerrero; dicen que los acabaron y que a dos compañías del Doce Batallón, que las mandaron de auxilio desde Chihuahua, que cayeron en una emboscada *en un lugar* que le nombran San Andrés, en donde mataron al coronel Pablo Yépez, y que a los que quedaron les dieron el mate, *en otro punto* que le dicen Pemales. (106, énfasis propio)

Esos *puntos* y *lugares* emergen en la conciencia de los soldados, y de la narración literaria, a medida de su vinculación a las batallas de la Revolución. El acto de nombrar estos lugares produce una especie de nueva cartografía, en donde los espacios —regiones, municipios, accidentes geográficos; es decir, los espacios locales— se ligan a la historia de la nación. El enfrentamiento bélico no sólo significa acceder a espacios de México previamente desconocidos, sino que también pone al protagonista en contacto con otros soldados y oficiales que provienen de distintos orígenes geográficos y sociales, como Zacatecas, Pachuca, México D. F., Morelos, Guanajuato, y que han combatido en distintos bandos de la contienda. La guerra es un dispositivo que obliga al individuo a conocer y confrontar otras ciudadanías locales —

aquellas formas de pertenecer a lo nacional definidas desde diferentes posicionalidades, geográficas o de clase— que contribuyen a la formación de una idea de la nación en competencia con la visión oficial que producen las instituciones como el ejército.

El movimiento liderado por Francisco I. Madero<sup>3</sup> logró disputar el monopolio de la violencia militar y simbólica al régimen de Díaz, obligándolo a renunciar al poder y exiliarse en 1911. Tras la derrota de Porfirio Díaz, Espiridión es reubicado en Ciudad de México, en donde sirve como asistente de un oficial, y desde allí, sumándose a las fuerzas federales que combaten el levantamiento de Félix Díaz, continúa su recorrido por el país de la mano del ejército:

[y]o veía la orilla del lago de Texcoco como un espejo muy grande, en trechos plateados y en trechos dorados por los rayos del sol, que ya se acostaba allá a lo lejos. Los dos volcanes cubiertos de nieve, por el rumbo de Puebla; al otro lado de la vía, maguayeras alineadas, como si fueran cabezas con pocos pelos, pero bien peinadas para aparecer menos pelonas. San Juan Teotihuacán con sus pirámides; Ometusco; los llanos de Apan. Magueyes y magueyes; establos de leguas y leguas de vacas verdes, que en lugar de leche dan pulque. (193)

El recorrido en el tren da lugar a una serie de descripciones sucintas del paisaje —“Fortín: una oleada de aroma de gardenias” (194)—. Hay todo un proceso de descubrimiento por el cual estos pueblos al lado de las vías pasan a ser parte del mismo país de Espiridión. El tren y la guerra, así como el relato de Espiridión, permite que estos pueblos se vuelvan parte del país representado literariamente. Espiridión ha ido de Monterrey a Torreón y, después del triunfo político de Madero, viaja a Cuernavaca, a Durango, a México y Veracruz. Desde el tren, Espiridión observa el paisaje vasto del norte, el del centro del país y eventualmente el golfo de Veracruz en donde ve, por primera vez en su vida, el mar (195): “el mar inmenso, las palmeras, los plataneros, la gente alegre y hablando de manera tan diferente a la nuestra; se me figuraba como que aquello fuera otro país muy distinto a nuestro México, como si allí ya no fuera patria nuestra” (197). Para Espiridión, Veracruz es el límite de lo concebible como nación: el mar es además el fin del territorio nacional, lo que queda más allá es un mundo sugerido “que no es de nadie” (195). Además, las distancias entre esas otras experiencias locales son ya muy grandes; no hay nada que lo una a esos otros ciudadanos, salvo su vínculo como oficial del ejército

---

<sup>3</sup> Francisco I. Madero fue miembro de una familia de hacendados de provincia quien con la publicación de *La sucesión presidencial en 1910* (1908) se consolidó como uno de los antagonistas más visibles de Porfirio Díaz. Los diferentes detractores de Díaz se reunieron apresuradamente alrededor de la figura Madero y de su campaña en contra de la reelección presidencial; aún así, sus reclamos y sus proyectos políticos son diversos en naturaleza.

mexicano. El proceso de creación de la identidad nacional que se ha generado desde el centro no alcanza a representar la diversidad de las identidades de provincia; para Espiridión, esta diversidad lingüística, cultural y racial, es un impase para imaginarse parte de una misma comunidad.

El fin del Porfiriato, y el establecimiento de un gobierno fundado sobre la Revolución, provoca la renovación de los mitos fundacionales de la nación<sup>4</sup>. La llegada de Madero al poder es un momento significativo para la institución militar y para el estado revolucionario<sup>5</sup>. En el 2013, se celebraron los 100 años del Ejército mexicano, citando su origen en la “Marcha de la lealtad” durante la Decena trágica. Desde este nuevo relato oficial, se borra la historia de la institución antes de la Revolución y es solamente a partir de ella que el ejército surge en su forma presente (*100 Años del Ejército Mexicano*). La nación se construye como un ente natural, como la consecuencia lógica de un proceso histórico, y total, en tanto que recoge la diversidad de un territorio dado bajo el manto de una misma experiencia; sin embargo, éste mito de la nación que se construye y repite desde la oficialidad es retado continuamente por las identidades culturales locales y regionales, que no participan plenamente de ella.

## Continuos históricos

Aun cuando reclama un nuevo principio en las victorias de la Revolución, gran parte de la estructura del ejército persiste desde el Porfiriato hasta la presidencia de Madero<sup>6</sup>. Urquiza hace evidente en *Tropa vieja* que tanto las formas militares y las estrategias de control del territorio del Estado porfiriano continuaron en el Estado revolucionario. Las vías del ferrocarril, destruidas y reconstruidas por los ejércitos revolucionarios, sirven de para combatir los nuevos levantamientos armados que amenazan al poder del gobierno maderista. En la novela, vemos cómo Espiridión, quien a pesar del cambio de régimen continúa siendo soldado del mismo ejército, parte en tren nuevamente para sofocar las fuerzas de Félix Díaz. La persistencia de la infraestructura, las instituciones y las prácticas de gobierno del Porfiriato cuestiona la idea de renovación en la que insiste el mito de la Revolución.

---

<sup>4</sup> La renovación de estos mitos nacionales como parte de la formación del estado revolucionario mexicano es uno de los temas centrales de mi tesis doctoral, *Las novelas de la Violencia y la Revolución en la formación del Frente Nacional en Colombia y el Estado revolucionario mexicano* (2018).

<sup>5</sup> Madero fue asesinado en 1913 por fuerzas leales a Porfirio Díaz y sólo en 1917 Venustiano Carranza logró hacerse del poder presidencial y establecer las bases del estado revolucionario. Aún así, 1913 ocupa un lugar significativo en la memoria de la Revolución.

<sup>6</sup> Tras la renuncia de Díaz, Madero fue duramente criticado por otras facciones y agentes del movimiento revolucionario por mantener las estructuras de poder del Porfiriato, incluyendo funcionarios e instituciones.

De forma similar, sobrevive un descontento social que en *Tropa vieja* se enuncia continuamente en términos de clase. El evento que desencadena la trama es la reacción violenta de Espiridión ante el abuso de sus empleadores “guachupines”, quienes buscaban sacarle provecho a los trabajadores ignorantes. Las autoridades, policiales y militares en este caso, sirven los intereses de estas clases terratenientes. En el viaje inicial de Espiridión al batallón, éste observa el paisaje y los trabajadores desde la ventana:

Se veía blanquear a los peones agachados sobre las matas del algodón dándoles tapapié a las matas con el azadón, bien escarmentados con mi ejemplo y pensando seguro que aquella vida no había de tener remedio nunca; deudas de abuelos que pasaban a los padres y después a los hijos; única herencia de los mexicanos pobres; de sol a sol, día con día y año con año, hasta acabar con la vida, hasta que Dios quisiera, y Dios estaba muy alto y no veía para abajo nunca. (28)

Esa conciencia de una estructura social que desfavorece a las clases campesinas —esos “mexicanos pobres”— reaparece cuando Espiridión fuma marihuana en el batallón. Incluso dentro de los espacios más sometidos a medidas de control, existen áreas de resistencia: en el cuartel se fuma marihuana y se toma mezcal, a pesar de las prohibiciones y los controles. Esta recuperación de los espacios de tiempo libre y las prácticas ilícitas permiten la construcción de vínculos comunitarios, mientras “[they] give personality back to agents that law and history have tended to obscure” (Neufeld 186). En el contexto de una práctica subversiva, su mente libre del dominio del estado, Espiridión reflexiona sobre la futilidad del dinero: “El dinero ¿pa'qué sirve? ¿Qué gana el rico con sus pesos? Nada... Tengo todo lo que quiero, y como todo tengo, no quiero nada” (76). Se reafirma una distinción entre los ricos y los pobres que el discurso oficial ni siquiera nombra: “Estábamos en guerra los pobres desamparados y hambrientos de los campos contra otros pobres también desamparados y hambrientos, pero apergollados por una disciplina militar” (145). Urquiza evita juzgar a los soldados de ambos bandos; después de todo, aquello que los ha empujado a un lado y otro del campo de batalla es circunstancial. Incluso después del triunfo de Madero, en una carta de su compadre Celedonio, Espiridión se entera del levantamiento de los zapatistas, inconformes con las promesas incumplidas por el nuevo gobierno: “La Revolución no había sido más que una matanza de gente, sin provecho alguno; una explosión de odios acumulados y vuelta otra vez a lo mismo de antes” (186). Su propio hermano se unió a las fuerzas maderistas y desapareció en medio del conflicto.

Hay dos momentos en que, en medio de la batalla, se hace evidente que las lealtades de clase están intactas, muy a pesar de las prácticas por las cuales el aparato disciplinario y simbólico pretende imponer a sus ciudadanos una lealtad incuestionable a la Patria. En uno de los primeros enfrentamientos contra los revolucionarios, el soldado Otamendi, un periodista crítico del Porfiriato, decide desertar y unirse al otro bando. En el momento de escaparse, Otamendi es descubierto por un Cabo quien, ignorando a los revolucionarios, empieza a disparar hacia el traidor. Espiridión y Carmona, soldados rasos, apuntan al Cabo aprovechando la confusión y le disparan para salvar la vida de su amigo. Este acto de rebeldía contra el régimen pasa desapercibido en la batalla. Los oficiales son generalmente vistos con desconfianza: las memorias de los abusos propios del proceso de formación militar aún están frescas; mientras que Otamendi había compartido la experiencia del entrenamiento y las condiciones precarias de los soldados rasos.

En otra instancia, en la tenaz batalla de Torreón que significaría la derrota del Noveno batallón, Espiridión ve a los revolucionarios ondeando la bandera mexicana, la misma que ellos habían jurado defender: “La visión de aquella bandera me hizo recordar que, si acaso entre nosotros había algún enemigo, había de ser otro diferente a aquel que teníamos enfrente” (160). Espiridión no dispara contra los revolucionarios emplazados en un cerro contiguo, dirigiendo en vez su arma hacia el Hotel Iberia, en donde se refugiaban los “guachupines”, aquellos hacendados españoles que lo habían explotado toda la vida y quienes lo habían denunciado ante el ejército. Esta decisión reafirma quién es su enemigo real<sup>7</sup>.

Urquiza se encarga de visualizar dos continuos históricos —el ejército como agente de construcción de lo nacional y el de la comunidad imaginada de las clases populares— presentes durante los años finales del Porfiriato y que sobreviven tras el triunfo maderista. Las últimas páginas de la novela narran los eventos de la Decena trágica. Espiridión se encuentra bajo el mando de oficiales que apoyan al presidente —aquellos oficiales leales sobre quienes se fundará simbólicamente el ejército mexicano del siglo XX—, pero aún así es capaz de comprender los pactos y traiciones que terminaron por asegurar la llegada de un nuevo régimen y el asesinato de Madero. El narrador es herido y pasa los días decisivos del combate alucinando en una cama de hospital. Al recuperar su consciencia, le pregunta a Juana, su mujer, por el desenlace de la batalla: “¿Ganaron los nuestros?” (235). A lo que Juana le responde: “Ganaron unos y otros”

---

<sup>7</sup> En la misma batalla de Torreón, tras la victoria de las tropas revolucionarias, se da la masacre de los “chinos”: “Los sacaban, arrastrando de las trenzas, de sus hortalizas o de sus lavanderías, y en la mitad de la calle los mataban a tiros y a puñaladas” (176). La guerra se encarga de depurar el significado mismo de “lo mexicano”. Los “guachupines” temen que su destino sea el mismo. Estas identidades no son compatibles con la visión de nación que se construye.

(235). Ante la irresolución del conflicto, la novela termina reiterando la promesa de un nuevo levantamiento en el que Espiridión ya no participará. El lamento de Espiridión al final de la novela no va dirigido a la derrota de Madero, que se reconocía como un evento inevitable, ni a la continuación del conflicto. Lisiado, Espiridión no puede ser un sujeto productivo dentro de un modo de producción capitalista, ni volver a ser campesino: “Ya no cargaré el fusil, ni podré manejar la pala, ni el azadón, ni el arado...” (235).

### **Militares y funcionarios**

La promesa del ejército como ente reformador fue incumplida por el Porfiriato. El deber de las instituciones del nuevo estado revolucionario era finalmente cumplir esas promesas. El proyecto de nación que emanó de la Revolución buscaba traer la modernidad a la nación; allí yacía su legitimidad y la del aparato gubernamental en el que Urquiza se desempeñó como funcionario. La relación entre el ejército y el estado se transforma a medida que aumenta la distancia histórica a las batallas de la Revolución; en cierta medida, la trayectoria de Urquiza ejemplifica el proceso de adaptación de una función bélica a una civil, necesario para sobrevivir en la nueva etapa institucional.

Una vez se asentó el polvo y el humo de las batallas, los nuevos gobiernos revolucionarios buscaron redefinir la relación entre el ejército y el estado. Durante la década de los 20, hubo un afán reformista encabezado por Álvaro Obregón (1880 - 1928) y la dinastía sonorensis que buscaba subordinar el control del ejército al poder civil y modernizarlo, con aras de zanjar la brecha entre sociedad civil y ciudadanía militar. La relación entre las clases medias urbanas y la tropa era conflictiva: existía un rechazo a una sociabilidad, la de los soldados rasos, que se consideraba no tenía lugar en la nación moderna (Neufeld 186). Parte integral de este proyecto fueron las campañas de higiene y control para mejorar las condiciones de vida de los cuarteles, removiendo el consumo de marihuana y mezcal y prohibiendo la presencia de las soldaderas (Rath 23). En la década de los 30, Lázaro Cárdenas (1895 - 1970) intentó imponer activamente un nuevo modelo de ciudadanía al ejército, basado en la consciencia de clase y en los valores revolucionarios (32). Éste relato de solidaridad con la clase proletaria se vio reflejado en los discursos de oficiales y en actos públicos como la celebración nacional del Día del Soldado, en el que el presidente compartía, cenando y bailando con soldados rasos y sus familias: “Cardenistas increasingly interpreted the Mexican Revolution as the culmination of the struggle of the peasantry and working class for an ambitious range of political, social, and economic rights...” (33). La visión de la tropa que presenta Urquiza, compuesta por soldados y soldaderas que viene del pueblo, genera una simpatía por las clases populares como víctimas

de un sistema injusto lo que encaja cómodamente con el discurso estatal cardenista; en ambos, se reafirma la condición de soldado como sujeto social de carácter popular.

La historia de Urquizo siempre estuvo definida por esta mezcla de experiencia militar durante la llamada etapa armada y su posterior labor como funcionario. Urquizo sirvió a Carranza hasta el 21 de mayo de 1920 cuando éste fue asesinado; fue apresado y se exilió en Europa, periodo durante el cual escribió *Tropa vieja*. A su regreso a México renunció al ejército, pero siguió ocupando cargos oficiales; eventualmente se reincorporó y fue secretario de la Defensa, entre 1945 y 1946, durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho (1897 - 1955). Aun cuando el gobierno de Ávila Camacho se aleja de esa visión cardenista que buscaba integrar a las clases populares, Urquizo permanece como una figura visible dentro del Estado revolucionario debido a su condición de militar/funcionario. Su práctica escritural y literaria serán paralelas a sus funciones administrativas: es colaborador de periódicos, escritor de cuentos, novelas, biografías y radio-teatro, “hizo tantas campañas como libros” (Ocampo 17). La obra de Urquizo incluye narraciones biográficas como *México Tlaxcalantongo* (1923) y ficciones literarias como *Tropa vieja*, textos que recurren a su experiencia vital y al capital simbólico adquirido como militar/funcionario. En 1994, los restos de Urquizo fueron trasladados a la Rotonda de Hombres Ilustres, “el más alto honor que el gobierno mexicano tributa a aquellos que considera como sus mejores hombres” (Díaz Arciniega 107), acto en el cual fue reconocido por su carrera militar y literaria: “Que el ilustre mexicano Francisco Urquizo Benavides... encauzó su vida en la lucha por los ideales de justicia y libertad de la Revolución Mexicana” (*Decreto*, párr. 4), a la vez “Que el ilustre mexicano Francisco Urquizo Benavides... se destacó de manera notable en los campos del periodismo y la literatura habiendo publicado los siguientes libros: *Tropa Vieja*, *Al Viento*, *México Tlaxcalantongo*, *Recuerdo Que...*, *Cuentos y Leyendas...*” (*Decreto*, párr. 7). Para la crítica, los méritos literarios de Urquizo son inseparables de sus méritos como militar-funcionario de la Revolución.

A pesar de la poca generosidad de la crítica con Urquizo, han existido algunos intentos de reivindicación del valor literario de su obra. José Emilio Pacheco, hablando sobre Urquizo, dice que: “*Tropa vieja* es el puente entre Rulfo en el futuro y Altamirano y Salado Álvarez en el pasado” (Pacheco 50) y que probablemente Rulfo lo había leído por vía de Salvador Novo. Esta celebración de los méritos literarios de la obra busca incorporarla a la genealogía de las letras nacionales. Por otro lado, Víctor Díaz Arciniega celebra el interés consciente de Urquizo por hacer memoria de la Revolución: “Su cualidad como testigo y protagonista en el ejército y el propósito de reunir ‘datos para la historia’ concurren con el rescate, preservación y difusión de

la memoria para un porvenir” (110); estos propósitos implicaban la recolección de voces dispersas: “su voluntad por reunir testimonios para documentar.... la suya es, también, la reconstrucción de una reminiscencia colectiva” (Díaz Arciniega 110). Leer la obra narrativa de Urquiza, como hace Díaz Arciniega, como mero vehículo de recolección, obliga a entender estos libros como objetos de memoria, minimizando su valor literario. El mismo Díaz Arciniega se encarga de reducir este valor al compararlo con otros autores del momento:

El estilo literario del escritor de memorias y recuentos históricos es simplemente llano: no se distingue ni por la sintaxis, ni por el aliento de una prosa fluida, ni por organización o estructuración conjunta de sus textos; tampoco por las descripciones —ni de lugares, personas o circunstancias— ni por las analogías metafóricas. No, en él no hay nada de las cualidades prosísticas que, por ejemplo, distinguen a Martín Luis Guzmán o Alfonso Reyes, dos de sus coetáneos. (Díaz Arciniega 116)

Y continúa, en una nota al pie: “Tampoco existe en su prosa la pasión narrativa del memorialista José Vasconcelos o la ponderada cautela narrativa de Jaime Torres Bodet, cuyos volúmenes de memorias Urquiza tuvo presente...” (116). Esta definición del estilo de Urquiza en negativo, *lo que no es*, termina por reafirmar su carácter de escritor condicionado, *del soldado*, cuyo mérito principal es relatar con verosimilitud la visión y experiencia de vida del soldado.

La publicación de *Tropa vieja* coincide con la llegada al poder de Manuel Ávila Camacho, quien fue el último presidente militar mexicano del siglo XX. Durante su gobierno, se reestructuró el aparato estatal, lo que reduciría el poder del ejército y definiría la forma del Partido Revolucionario Institucional, PRI. Francisco L. Urquiza fue el último de los escritores de la Revolución que apeló exitosamente a su condición de soldado.

## **Lectores y ciudadanos**

Si el conflicto bélico que dominó las primeras décadas del siglo XX alteró la nación al reclutar individuos y engranar sus reclamos a un evento y una historia nacional, la etapa institucional que la prosiguió continuó aquel impulso con gran urgencia y energía. Los individuos forzados a unirse al ejército o levantados en armas, obligados a movilizarse a lo largo del territorio y abandonar sus tierras y regiones, reconfiguraron demográficamente a México. Comunidades enteras fueron reubicadas produciendo nuevas relaciones entre individuo y territorio (Legrás 23), dando lugar a la emergencia de nuevas formas de ciudadanía. Ante tal transformación, la relación entre el ejército y el estado se modificó radicalmente desde la década de los 10s, durante

el fervor de los combates, hasta los 40s, cuando se impuso la institucionalidad a la Revolución. Durante este lapso, emergen otros modos de asirse del individuo y exhortarlo a ser parte de la nación: uno de ellos, la intensa campaña de alfabetización y de masificación de la lectura.

Se estima que a principios del siglo XX el 80% de la población mexicana era analfabeta (Loyo, *La lectura en México* 243). Si bien el Porfiriato había hecho algunos intentos tardíos por extender el sistema escolar, la labor de formación de un país lector no fue exclusiva del sistema de gobierno oficial. Los miembros del grupo intelectual del Ateneo de la Juventud, quienes se opusieron a la concepción positivista de la cultura y la sociedad que promulgaba el Porfiriato, crearon en 1912 la Universidad Popular Mexicana, expandiendo la labor de divulgación intelectual que venían realizando desde 1909. “Desde esta institución se impartió educación de manera no formal, sin seguir programas educativos definidos y sin otorgar a sus asistentes títulos o grados académicos, pero con el propósito explícito de ‘acercar la cultura al pueblo’” (Carreta-Beltrán 2). Este proyecto educativo buscaba formar un nuevo ciudadano que fuese sano y se deshiciera de sus vicios; de allí que hiciera un énfasis en la higiene y el civismo como valores centrales.

En primer lugar, en contraposición a la lucha armada del período revolucionario, que *militarizaba* la vida social, la Universidad Popular Mexicana *civilizaba*: desde el aula, y mediante la conferencia, mostraba un horizonte distinto, la posibilidad de un porvenir donde el saber, y no las balas, se convirtiera en el principio capaz de configurar el rostro de la nueva sociedad. (Torres Aguilar 213)

Frente al proyecto de modelar la ciudadanía del Ateneo por medio de la educación y la lectura, se pueden identificar iniciativas paralelas en medio mismo de los campos de batalla. El conflicto revolucionario no se limitaba a la lucha armada<sup>8</sup>, sino que había toda una arena de confrontación de las ideologías y visiones de las diversas facciones en contienda que se materializaba en los distintos periódicos de “campaña”. Estos textos iban dirigidos a las clases populares y tenían la intención de formar su conciencia política. El soldado perteneciente a las distintas facciones era uno de los lectores ideales de estos textos, ya que a través de ellos se reafirmaba su compromiso con la causa, tanto así que “gran número de soldados aprendieron a leer o se convirtieron en alfabetizadores por este medio” (Loyo, “La lectura en México” 246).

---

<sup>8</sup> La publicación de un libro, *La sucesión presidencial en 1910* (1908) de Francisco I. Madero, y la entrevista Díaz - Creelman publicada en *Pearson's Magazine* en el mismo año, fueron algunos de los eventos catalistas del fin del Porfiriato.

La alfabetización era un medio para expandir la influencia de estos textos, escenario mismo de la contienda: “En medio del conflicto armado, el diario y su función informativa tuvieron un importante peso social como guía del público, instrumento de combate y, también, como peligrosos creadores de escándalo, rumor y —como decía Madero— del potencial para generar más violencia” (Serna Rodríguez , párr. 20).

A pesar de la inestabilidad causada por el conflicto bélico, las primeras décadas del siglo XX vieron una proliferación de la prensa escrita. En 1916 se fundó el periódico *El Universal* con un tiraje de 60000 ejemplares en donde se publican artículos de opinión, se divulgaba el trabajo de las conferencias de los ateneístas y se ofrecían obras literarias. En 1917 se creó *El Universal Ilustrado*, del que Urquiza fue colaborador, que desde 1922 ofreció un suplemento llamado *La Novela semanal*, una plataforma para publicar novelas, divididas por entregas, o *nouvelles* (Mora, párr. 10). Fue en *La novela semanal* en que se reeditó *Los de abajo* de Mariano Azuela en 1925, lo que cimentaría su visibilidad y presencia dentro del campo literario como modelo de la llamada “novela de la Revolución”. Estos ejercicios de publicación en masa de las obras literarias buscaban modelar una visión de ciudadanía, basada en la experiencia común de lectura.

El mercado nacional del libro al principio del siglo era relativamente pequeño, pero las primeras décadas vieron un aumento en el interés por la publicación y comercialización de obras mexicanas. La librería Porrúa, que eventualmente se establecería también como editorial bajo el lema “Cultura al alcance de todos”, empezó a publicar desde 1914, con “la primera obra totalmente impresa y editada en nuestro país: *Las 100 mejores poesías líricas mexicanas*” (*Nuestra compañía* , párr. 3), . Editoriales como Cvltvra publicarían obras con tirajes entre 500 y 3000 ejemplares (Loyo, *La lectura en México* 253). Se empezó a desarrollar una industria editorial, y un campo literario, en donde lo nacional era un problema y un tema que iba adquiriendo más visibilidad y que generaba nuevos debates y reflexiones. Sin embargo, para poder alcanzar una ciudadanía lectora era necesario mucho más que la oferta creciente de materiales textuales.

A partir de la década de los veinte, el estado mexicano, por medio de la Universidad Nacional y de la Secretaría de Educación Pública, emprendería “una importante labor editorial que redujo en alguna medida el abismo entre los lectores privilegiados y los que no tenían acceso a ningún tipo de lectura.” (Loyo, *La lectura en México* 251). El agresivo proyecto de alfabetización fue liderado por José Vasconcelos (1882-1959). Su nombramiento como rector de la Universidad nacional lo posicionó para buscar, por medio de la educación, la unificación simbólica de la nación. Desde 1920, Vasconcelos organizó la “Gran Campaña Alfabetizadora”, en la que recurrió a voluntarios para salir a educar a adultos y menores. Vasconcelos también

logró aumentar el presupuesto nacional disponible para educación popular (Blanco 91). Para Vasconcelos, la educación era el escenario donde se habían de cumplir las promesas de la Revolución y la herramienta para formar un nuevo hombre mexicano. En su discurso de posesión como rector de la Universidad, Vasconcelos exhortó a la ciudadanía a sumarse a su proyecto educativo: “Organicemos entonces el ejército de los educadores que sustituya al ejército de los destructores” (ctd en Blanco 81). Esta movilización está atravesada por una apelación al discurso patriótico y a la unificación de la nación como fin común, con evidentes ecos a la formación militar de los campesinos de *Tropa vieja* y a la preocupación por expandir el control del estado a lo largo del territorio. Sin embargo, la iniciativa estatal fue recibida con cierta resistencia: “La tarea alfabetizadora era vista con desconfianza y a no pocos maestros se les acusó de comunistas o de querer reclutar personal para el ejército” (Loyo, *La lectura en México* 261). Se reconocía el proyecto educativo como otra instancia de cooptación. Aunque el sistema de educación federal era una herramienta del proyecto de cohesión nacional (y de la centralización simbólica) del poder, las escuelas rurales que se extendieron por el territorio fueron un escenario de negociación y contienda entre las ciudadanía locales y el estado nacional (Rockwell 171)<sup>9</sup>.

Bajo el gobierno de Obregón, en 1921, se estableció la Secretaría de Educación Pública. La campaña alfabetizadora estuvo acompañada de un impulso editorial oficial: Vasconcelos tomó control de los Talleres Gráficos de la Nación y empezó a publicar libros destinados a estos nuevos lectores de origen humilde. La producción de estos libros a bajo costo o gratuitos fue complementada con el establecimiento de bibliotecas a lo largo del territorio. La industria del libro empezó a modelarse en relación con una nueva población de lectores, con el objetivo de que accedieran a la “cultura”, tal y como ésta era concebida por la elite intelectual.

La llegada al poder de Plutarco Elías Calles significó un cambio en la política de alfabetización y educación. Su gobierno se alejó del modelo de Vasconcelos, y su preocupación por la belleza, y se concentró en una educación para el desarrollo económico del pueblo. Los materiales de texto que se editaron en el momento apuntaban hacia una producción “nacionalista, que fuera esencialmente informativa y práctica” (Loyo, *La lectura en México* 267), publicando ediciones baratas de libros y folletos, de obras principalmente didácticas: “hubo un verdadero aluvión de folletos; más de un millón de ellos, 227 títulos, sobre los temas más diversos, cría de animales, prácticas agrícolas, higiene, folklore, se diseminaron por todo el país”

---

<sup>9</sup> Rockwell establece las tensiones entre los proyectos educativos e ideológicos a nivel federal (nacional), estatal (regional) y local.

(Loyo, *La lectura en México* 267). Las políticas editoriales oficiales apuntaron a hacer del campesino un lector, lo que a su vez lo convertiría en un ciudadano productivo bajo un modelo capitalista de producción y mercado.

El esfuerzo de alfabetización encajaba igualmente con el proyecto político de Lázaro Cárdenas, quien compartía “una honda preocupación por este problema que situaba al obrero y al campesino en estado de inferioridad respecto a sus conciudadanos, los convertía en mano de obra barata y fácilmente explotable y los mantenía sujetos a numerosos accidentes de trabajo.” (Loyo, *La lectura en México* 280). Cárdenas desarrolló la Campaña de Educación Popular, en la cual “se editaron millares de folletos, cartillas y carteles, la revista *Educación Popular* y el periódico *Juan Soldado* dedicado exclusivamente a propagar la campaña alfabetizadora entre los soldados” (Loyo, *Lectura para el pueblo* 337). La política cardenista inscribía a los sujetos populares, iletrados, en un proyecto de reivindicación popular; leer era una herramienta de la liberación de clase que corregiría esas injurias históricas y finalmente permitiría reconstruir la nación. Esta operación era similar al interés de Cárdenas de reivindicar la soldadesca, estableciendo al soldado como uno de los sujetos populares por excelencia.

El posterior gobierno de Ávila Camacho recogió el interés de alcanzar la unidad nacional por medio de las campañas de alfabetización; a través de la lectura se podría llevar el país al progreso (Torres Septién 323), una reiteración del sueño liberal que operaba desde la mitad del siglo XIX. Durante la década de los 40s había una gran cantidad de textos producidos para lectores populares. Bartra habla de 10 millones de lectores y del número insuficiente de material impreso dedicado a las nuevas masas lectoras (305)<sup>10</sup>. Prosperaron los pepines o historietas y emergieron publicaciones de géneros populares, como novelas de detectives, aventuras, misterio (Bartra 307). Las historias de la Revolución, a la distancia creciente al evento histórico y matizadas por el mito y la leyenda, encajaban dentro de estos mismos paradigmas de lectura que el mercado fue estableciendo.

*Tropa vieja*, al convertirse en una novela de publicación masiva, se convierte en el punto de convergencia de estos dos procesos que hemos señalado: su trama es el relato de cooptación del campesino en soldado y futuro ciudadano y su materialidad, como libro popular, encapsula el proceso de alfabetización masiva como nuevo medio para modelar ciudadanía. La distribución masiva de la novela sólo es posible después de las múltiples iniciativas para producir nuevas masas lectoras, proyectos que fueron a la vez disciplinarios y estéticos. Si bien

---

<sup>10</sup> Durante esta época también se popularizan la radio y el cine, medios de entretenimiento masivo dirigidos a un público popular.

Espiridión sabe leer y escribir, como campesino y recluta su relación con la letra es conflictiva. En el cuartel, los oficiales leían las obligaciones de los soldados en voz alta. En el acto de lectura había otra instancia de disciplinamiento: aquello que se leía era la ley, las reglas de conducta. La información de los periódicos, con sus noticias sobre la guerra, circulaban exclusivamente dentro de los oficiales. Ese espacio de exclusividad es retado eventualmente durante una de las instancias en que Espiridión es herido y se recupera en el hospital:

Mi vieja me llevó unos libros para que me entretuviera, ya que sabía yo leer. Eran ‘Genoveva de Brabante’ y ‘Los Doce Pares de Francia’. A mis compañeros enfermos les divertía que yo les leyera en voz alta y que les explicara aquello que no lograban entender; la misma Micaela dejaba de pensar en la tropa y estaba muy atenta oyendo mis palabras con más atención, seguro, que cuando en su vida llegó a oír a algún predicador. (136)

En el marco de la novela, la lectura como fuente de entretenimiento abre el espacio para una experiencia compartida entre lector y oyentes, no regulada por la severidad del ejército, en donde se establecen nuevas dinámicas de sociabilidad.

Urquiza —escritor, militar y funcionario— y *Tropa vieja* son potenciados, a veces, y limitados, otras, por el lugar que lo militar ocupa en distintos momentos de la construcción de una identidad nacional. Sin embargo, la posición del autor y la historia del texto nos permiten trazar las contradicciones y tensiones del proyecto de creación de la ciudadanía mexicana en el siglo XX. Dicho proyecto no se genera exclusivamente desde el estado (cuya configuración en sí existe en constante disputa) sino que es informado por otros sistemas de producción del sentido público, como la novela misma. Es en la intersección entre estas instituciones y prácticas —militares, administrativas y editoriales; oficiales y privadas— en las que se articulan la idea o ideas de la nación. Dentro de la narración de *Tropa vieja*, el soldado queda relegado en el momento en que deja de ser un cuerpo útil para la guerra y para la producción de capital. Al imaginarlo como sujeto popular legendario, el soldado pasa de ser la manifestación física del poder, a un espacio de resistencia: es así como encuentra su lugar en el nuevo régimen, convertido en una leyenda de otro tiempo y en un nuevo material textual de consumo.

## Referencias bibliográficas

- “Inicio”. *100 Años del Ejército Mexicano*. Web. 8 ago. 2023. [www.cultura.gob.mx/centenario-ejercito/index.php](http://www.cultura.gob.mx/centenario-ejercito/index.php)
- Bartra, Armando. “The Seduction of the Innocents: The First Tumultuous Moments of Mass Literacy in Postrevolutionary Mexico”. *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Ed. Joseph, Gilbert M. y Daniel Nugent. Duke University Press, 1994. Impreso.
- Blanco, José Joaquín. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*. Fondo de Cultura Económica, 1977. Impreso.
- Carreta-Beltrán, Claudia. “Del trabajo al centro cultural. La Universidad Popular Mexicana (1912- 1920) y su papel en la construcción del ‘nuevo ciudadano’”. *Latin American Studies Association*, Marzo 2003: 000-00. Web. 12 ene. 2019. <https://lasaweb.org/en/>
- “Decreto por el que se dispone la exhumación de los restos de Francisco Urquizo Benavides, Francisco Martínez de la Vega y Guillermo Haro Barraza, para ser objeto de homenaje póstumo e inhumación en la Rotonda de los Hombres Ilustres en el Panteón Civil de Dolores”. *Diario oficial de la Federación*, 8 de abril 1994. Web. 8 ago. 2023. [https://dof.gob.mx/nota\\_detalle.php?codigo=4724578&fecha=04/08/1994#gsc.tab=0](https://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4724578&fecha=04/08/1994#gsc.tab=0).
- Dessau, Adalbert. *La novela de la Revolución mexicana*. Fondo de cultura económica, 1996. Impreso.
- Arciniega, Víctor. “Francisco L. Urquizo: constructor de una memoria”. *Literatura mexicana*. Vol. 6, no. 1, 1995: 107-130. Impreso.
- Domínguez Michael, Christopher. *Tiros en el concierto: literatura mexicana del siglo V*. Ediciones Era, 1997. Impreso.
- Gamboa de Camino, Berta. “The novel of the Mexican Revolution”. *Renascent Mexico*, Covici, Friede, 1935. 258-274. Impreso.
- Nuestra compañía*. *Porrúa.com*. Web. 8 ago. 2023. <https://porrua.mx/nuestra-compania>.

- Knight, Alan. "De campesinos a patriotas: reflexiones sobre la construcción de la nación mexicana". *Repensar la Revolución Mexicana*. Vol. 2, El Colegio de México, 2013. 369-420. Impreso.
- Legrás, Horacio. *Culture and revolution. Violence, Memory, and the Making of Modern Mexico*. University of Texas Press, 2017. Impreso.
- Levy, Jr., Marion. "Armed Forced Organizations". *Military and Modernization*, editado por Henry Bienen. Routledge, 2018. Impreso.
- Loyo, Engracia. "La lectura en México, 1920 - 1940". *Historia de la lectura en México*. El Colegio De México, 1997. Impreso.
- Loyo, Engracia. "Lectura para el pueblo". *Historia Mexicana, El Colegio de México*. Vol. 33, Núm. 3 (131), Ene-Mar. 1984: 298-347. Impreso.
- Neufeld, Stephen. *The Blood Contingent: the Military and the Making of Modern Mexico, 1876-1911*. University of New Mexico Press, 2017. Impreso.
- Marín Lucas, Fabiola. "Tropa Vieja". *Enciclopedia de la literatura en México*, 12 de noviembre 2018, Web. 8 ago. 2023. [www.elem.mx/obra/datos/4316](http://www.elem.mx/obra/datos/4316).
- Mora, Yanna Hadatty. "La Novela Semanal". *Enciclopedia de la literatura en México*, 26 de septiembre 2017, Web. 8 ago. 2023. [www.elem.mx/institucion/datos/2959](http://www.elem.mx/institucion/datos/2959).
- Pacheco, José Emilio. "La significación de *Tropa vieja*". *Proceso*. 23 de Jun. 1991: 50-51. Impreso.
- Rath, Thomas G. *Myths of Demilitarization in Postrevolutionary Mexico, 1920-1960*. University of North Carolina Press, 2013. Impreso.
- Rockwell, Elsie. "Schools of the Revolution: Enacting and Contesting State Forms in Tlaxcala, 1910-1930". *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, editado por Joseph, Gilbert M. y Daniel Nugent. Duke University Press, 1994. Impreso.
- Rugeley, Ben y Terry Rugeley. *Forced marches: soldiers and military caciques in modern Mexico*. University of Arizona Press, 2012. Impreso.

- Serna Rodríguez, Ana María. “Prensa y sociedad en las décadas revolucionarias (1910-1940)”. *Secuencia*, No. 88, Ene/Abr 2014. SciELO, Web. 8 ago. 2023. [www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0186-03482014000100005](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0186-03482014000100005)
- Torres Aguilar, Morelos. “Extensión universitaria y Universidades Populares: El modelo de educación libre en la Universidad Popular mexicana”. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*. Vol. 12, 2009: 196-219. Impreso.
- Torres Septién, Valentina. “La lectura, 1940-1960”. *Historia de la lectura en México*. El Colegio De México, 1997. Impreso.
- Urquiza, Francisco L. *Tropa vieja*. Editorial Fontamara, 2016. Impreso.